

PESCA ESPAÑOLA

dríd, de entrevistas con altas personalidades y de escasas soluciones. España, dicen, mira y vive de cara al mar, pero es un "slogan" barato al que tratan de sacar jugo cuatro oportunistas.

Cuando el follón de la CEE todavía no había asomado en el horizonte, nuestros vecinos portugueses ya se le habían subido a las barbas a más de un pesquero gallego, y todo a cuenta de un acuerdo con "nossos irmáos" que el señor Sánchez Te-rán no había tenido tiempo de firmar desde el 28 de junio pasado. En las reuniones que tuvieron por escenario el litoral gallego llegó a decirse, con gran aplauso de la concurrencia: "Estamos hartos de ir a Madrid y no resolver nada. Que vengan ellos aquí, a Marín o donde sea". Y mientras, el señor Moro veraneando en Bayona, esperando recibir a los afectados.

Madrid, o la Administración, no tienen a la pesca entre sus "fuertes". El senador Paz Andrade lo decía también esos días del conflicto hispano-luso: "España se encuentra absolutamente convencida de que es un país de secano y no se acuerda de sus costas nada más que cuando empieza a apretar el calor y los madrileños deciden ir a ellas para bañarse". Y es bien significativo que la negociación entre nigerianos y vascos haya sido llevada a niveles privados, ya que los segundos han mostrado su intención de "ignorar a Madrid, pues no creemos que pueda ayudarnos en África, porque su posición en aquel continente es ya bastante difícil".

De cualquier forma, mientras

algunos armadores siguen creyendo en Madrid, otros confiesan su abandono en dos frentes: la Comunidad Económica Europea y la Administración, que sigue empeñada en mantener como meta de sus actuaciones la presencia de nuestros pesqueros en sus caladeros tradicionales. Pero como decía atinadamente el señor Trigo, presidente de Cerco y Artes de la Rías Baixas, en las reuniones que siguieron a los apresamientos de pesqueros gallegos por las patrulleras portuguesas: "El mar ya no es libre y de todos. Es preciso mentalizarse de que hoy el mar tiene unas fronteras y hay que respetarlas".

Este olvido o esta falta de mentalización es la que preside muchas actuaciones de la Administración, y sobre todo de muchos armadores y patrones que envían a sus barcos a donde siempre han pescado para cargar lo más posible en el menor tiempo. No se entiende de otra forma el que los pesqueros españoles sean materialmente machacados por apresamientos y multas desde Canadá hasta Mozambique. Los mares tienen dueños y pescar ha de hacerse hoy respetando unas normas de capturas, de mallajes, de vedas, que el español, acostumbrado a campar a sus anchas por los mares del mundo, en los últimos años, difícilmente acepta. Han pasado los años de la rapiña y el vandalismo. Ha llegado la racionalización, aunque ya no se pueda pescar cuando y como uno quisiera. Y ahora, que los Gobiernos reestructuren flotas y busquen nuevos caladeros. ■



Las mujeres —en este caso esposas de los tripulantes del apresado "Costa de Inglaterra"— reflejan en sus rostros la amenaza de un mar que se les cierra.

Los
CoNteM
poRa
nEoS

DE NEBRIJA A CELA

QUIEN está detrás de Camilo José Cela?", pregunta el español sagaz. Hay un gran número de españoles que no se conforman con lo que se ve: buscan siempre algo detrás. Es una paranoia, a veces justificada. Lo de detrás tiene que ser una entidad grande y preferentemente difusa. En otros tiempos podían ser muy bien los jesuitas y el Intelligente Service británico. Cambiaron los imperios, y ahora es el Opus y la CIA. También la masonería sirve. El comunismo internacional ha perdido muchos puntos. Los rusos, los chinos, todavía conservan prestigio.

"¿Quién está detrás del senador Cela?", pregunta el pequeño paranoico. "Antonio de Nebrija", respondo. "Será alguno de la zona nacional", gruñe. En Madrid se llama "zona nacional" al grupo de calles entre Goya, Serrano, Núñez de Balboa y aledaños, que suelen frecuentar y dominar los del antiguo régimen que no se han convertido todavía al nuevo. Y añade: "¿Y quién está detrás de Antonio de Nebrija?". "Una entelequia: la gramática española". Se aterra. Si la gramática castellana está contra la izquierda, mal asunto. Y debe estarlo, si seguimos a Nebrija, que ya decía en 1492: "Una cosa hallo i saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio", que ya dijeron sus comentaristas (Pascual Galindo, Luis Ortiz Muñoz) que fue una de las felices ideas de Nebrija y que "ya parecía presagiar el imperio de la Hispanidad (lengua, cultura y religión)"; y ya decía también Ibáñez Martín, larguísimo ministro de Educación de Franco, como en pocos escritores del tiempo de Nebrija "he visto resplandecer con tan luminosa claridad la auténtica metafísica de España, y muy pocos me han hecho vibrar con tan cálida pasión de patriotismo". Ocurría, en efecto, que Nebrija explicaba cómo en su tiempo se fraguó una unidad: "Los miembros y pedaços de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y aiuntaron en un cuerpo y unidad de reino". Y recordaba Ibáñez Martín: "La religión, las armas y la justicia: he aquí las tres primeras columnas que sustentan, en la exégesis nebrijense, el concepto de la unidad política española".

"De modo que esto es lo que estaba detrás del senador Cela... —murmura el paranoico, cuando le hago las citas— ¡Claro! Cómo iba a permitir que entrase en la Constitución la idea del pluralismo político, cómo iba a permitir el término 'nacionalidades'".

"Es otra cosa —trato de explicarle—. Cela es un soñador, un imaginativo, un intelectual. Cree firmemente en la realidad, que es la mayor entelequia que puede darse. La realidad sólo sirve para novelar, no para vivir. En la vida diaria hay que proceder de otra manera. Sólo un lenguaje ficticio y extraordinario puede representar el misterio del consenso; la mística del consenso. El lenguaje de la Constitución es todo lo absurdo que requiere el momento. Cada sociedad tiene el lenguaje que merece, y la sociedad política constitucional ha encontrado el suyo. Recortarlo significa romper el equilibrio. La semántica domina en nuestros tiempos a la gramática. En su etimología griega, la semántica es el arte del sobreentendido. Tenemos una Constitución semántica. El senador Cela, imaginativo de la realidad, quiere quitar el sobreentendido: "La Constitución se derrumba".

"Y, naturalmente, eso es lo que quiere la derecha. Luego el senador Cela es un aliado objetivo de la derecha". "No te preocupes más del senador Cela —digo al paranoico— y vuelve al escritor Cela. Gana-rás mucho. Sigue siendo un gran maestro". "Que vuelva él, y ganará él. Y ganaremos todos".

Mi amigo no tiene remedio. ■

POZUELO